ARTURO USLAR PIETRI

Tema: El Rescate del Pasado
11 de agosto de 1960

Señor Director de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

La historia está presente y nos rodea en todas las horas, porque no es otra cosa que la vida. Soy uno de esos que la siente palpitante en todas las formas: del pensar y del hacer social. La he sentido viva en mi vida de venezolano, he asistido a su nacimiento diario en mis horas de acción política, he tratado de revivida en obras de ficción, he meditado sobre ella en largas horas de pensamiento escrito o tácito, la he buscado en los tratados de los eruditos y en las colecciones documentales con el ansia de un hombre que siente que en ella está la clave de su propio ser junto con la del destino de su pueblo; sin embargo, con todo esto no soy un historiador, sino a lo sumo un venezolano consciente de vivir dentro de la historia, tejido en sus hilos, enfrentado a sus enigmas, atado a su curso y necesitado de entenderla para poder vivir y justificar su vida de una manera más plena.

Esto explica que me sienta algo intruso en esta Casa de la Historia Venezolana, que es como decir la casa de Venezuela, a la que, con generosidad y llaneza, me habéis invitado a entrar y a ocupar un puesto junto a vosotros, señores académicos, que yo me he apresurado a aceptar, honrado y agradecido, sin mirar a la flaqueza de mis merecimientos sino a la espléndida oportunidad que me brindáis de venir en medio de vosotros a saciar mi vieja pasión de aprender y comprender.

Esta grata emoción se empaña de tristeza al recordar el nombre de mi predecesor en el seno de esta docta Academia, el señor Doctor Eduardo Rol. Aquel cumplido caballero, flor de la cortesía venezolana, aquel enamorado de la ciencia, a la que buscó sin tregua en los libros, en los laboratorios y en los campos, aquel descendiente espiritual de Alejandro de Humboldt, de cuya memoria hizo un culto y de cuya obra un paradigma; aquel gran servidor del país, que, por encima de todas estas cosas, fue para mí un amigo.

La obra de Eduardo Röhl, estuvo principalmente dirigida a la investigación y a la difusión en el campo de las ciencias físicas y naturales. Estaba movido por la pasión abstracta del conocimiento exacto que sólo brindan las matemáticas, y nada le complacía más que irse de excursión a los bosques y a los montes para identificar especimenes, para localizar variedades o para hacer la medición geodésica de algún punto del territorio.

Conoció y estudió los trabajos de los grandes descubridores y exploradores de nuestra naturaleza, de cuya familia espiritual entró a formar parte, teniendo como altísimo patrón la venerable figura de Humboldt. Al gran sabio de Tégel dedicó muchas de sus estudiosas horas, reunió sus obras, siguió sus itinerarios, buscó sus huellas luminosas en nuestra tierra, coleccionó su iconografía, le consagró numerosos trabajos de interpretación y divulgación, y llegó a ser en dedicación y conocimiento el más autorizado de nuestros humboldtianos.

La tierra se hace historia desde que el hombre la toca. A la zaga de los exploradores y de los descubridores científicos de Venezuela, Eduardo Röhl fue haciendo la historia de la revelación de nuestra naturaleza. La hizo con gracia y acierto en sus *Exploradores famosos de la Naturaleza Venezolana,* donde recoge las andanzas y hallazgos de aquellos hijos andantes de la ciencia y del espíritu romántico que rescataron para Venezuela su prodigioso legado de geografía, flora y fauna. Allí figuran desde Humboldt hasta Goering y Sachs, pasando por Appun, Karsten y Linden, y sin olvidar al delicioso paisajista que fue Bellermann, que vino a dejar el más hermoso testimonio del paisaje venezolano para poblar de añoranzas los ojos seniles de Humboldt.

Parte notable de esta importante tarea de historiador de nuestra naturaleza la dejó Röhl en la vasta obra inédita que consignó en esta Academia en la oportunidad de su incorporación. Tiene por tema la *Historia de las Ciencias Geográficas de Venezuela* y comprende en ordenada síntesis la información de lo que aportaron para el conocimiento de nuestra tierra los Descubridores y Conquistadores, luego los Misioneros y más tarde las expediciones científicas.

El emisario de las aves, los ríos, las piedras y los bosques era Eduardo Röhl en el seno de esta Academia y por lo mismo era como la insustituible conciencia del hecho natural en el coloquio de los historiadores. Grande por lo tanto es su ausencia y justa la dolida rememoración de sus méritos, que fueron muchos y verdaderos.

Al rendir homenaje a esta noble figura desaparecida, no hago, en cierto modo, otra cosa, que labor de historiador, que consiste sobre todo en rastrear en el presente las grandes presencias del pasado. Cuando se le preguntaba a Ciriaco de Ancona, uno de los adelantados del Renacimiento, para qué se había puesto a reunir con tanto interés restos e inscripciones de la antigüedad, respondía: "Para despertar a los muertos". Para despertar a los muertos, señores académicos, existe esta casa y estamos aquí congregados hoy.

Los viejos historiadores solían decir que la historia es la maestra de la vida y con ello apuntaban, más con un propósito moral que histórico, a la conveniencia de estudiar el pasado para no incurrir de nuevo en los mismos errores en el presente. En estos tiempos de historiografía científica sería difícil suscribir por entero a este concepto que casi reduce la historia a una lección ética, pero, en cambio, cada vez nos resulta más evidente que la imagen que un pueblo llega a formarse de su historia está entre los agentes más activos de la, comprensión de su presente y de la proyección de su futuro. De la forma en que lleguemos a concebir nuestro pasado depende en mucho la manera cómo vamos entender y enfrentamos a los trabajos del presente.

Si la imagen que la historia da a un pueblo de su propio ser colectivo y de quehacer fundamental en los tiempos es una visión de orgulloso sacrificio y entrega a ideales intemporales, será muy difícil llevarlo a acometer las ordinarias tareas del taller, del camino y del mercado que es la ocupación de la gente organizada y productiva.

Una historia como la del Padre Mariana hecha toda en tono heroico, no podía tener otro fin que el de hacer de los castellanos menos añorantes de una cruzada sobrehumana, mal avenidos con las mezquinas necesidades de la vida ordinaria. De esa imagen más poética que histórica, y acaso por lo mismo más efectiva, lo que surgía era un mandato de conquista, de señorío y de guerra de Dios, tan imperativo y convincente como el que los romanos recibieron, emocionalmente, de la *Eneida,* que fue para ellos, esencialmente, la imagen de su misión frente al mundo, la proyección militante del romano frente al mundo subalterno de los peregrinos y de los bárbaros: *Tu regere imperio populos.*

Hombres y pueblos, en gran parte, somos lo que creemos ser. Para un pueblo que por siglos vio su imagen más patente en el *Poema del Cid,* visión poética de extraordinaria eficacia histórica, tenía que parecerle indigno de su condición todo lo que no fuera la guerra santa para establecer el señorío sobre los infieles. "Venid a ver cómo se gana el pan", dice Mio Cid a las mujeres de su familia para que se asomen a las torres de Valencia a verlo combatir contra el rey moro, con la sangre "por la loriga ayuso destellando". Para el viajero de la Nueva Inglaterra, para el comerciante de la Hansa, para los burgueses que pintaron los flamencos, para los marinos de Génova, para los mercaderes de la City, no era eso, precisamente, lo que llamaban "ganarse el pan".

La imagen que un pueblo llega a hacerse de su pasado forma parte esencial de la noción de su propio ser y determina la concepción de su posición ante el mundo. Es su modo más común y certero de tomar partido y de fijar rumbo. No pocas veces esa visión del pasado llega a convertirse en una traba para incorporarse eficazmente al presente y a sus nuevos requerimientos.

Por desgracia esa imagen del pasado es generalmente el resultado de una operación de mutilaciones, preferencias y prejuicios que los historiadores han hecho sobre la materia historiable. En este sentido toda la historiografía ha sido, en mayor o menor grado según los casos; *ad usum Delphinii.* La historia de Mariana tendía a dar permanencia al ideal imperial para los españoles; la historia de Bossuet buscaba afirmar lo teológico sobre lo humano; la historia de los románticos quería fiarlo todo a la acción de los héroes y de los ideales populares; la de los positivistas no quería ver sino los resultados de las grandes circunstancias permanentes; la de los marxistas no tiene otro fin que presentar a la revolución social como remate, corona y fin de la historia.

La gran tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo está en llegara escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico esté el poder de la creencia; donde junto a la acción del héroe esté la acción del medio; donde junto a las técnicas de trabajo estén las obras del pensamiento; donde junto a la estructura social esté la concepción cultural; una historia de los trabajos, de las acciones, de los pensamientos y de las creaciones; una historia de los grandes hechos y de las diarias tareas, una historia en que esté lo universal junto a lo peculiar de cada pueblo. Una historia del hombre entero para la comprensión completa del hombre.

Aun cuando más cerca que en ningún otro tiempo, lejos está todavía de ese ideal la moderna historiografía, pero si nos volvemos hacia la historia que hemos solido escribir en Venezuela, encontraremos que está entre las más alejadas de ese objetivo de comprensión y de integración total. Por ello, a pesar de haber tenido tan largo linaje de grandes escritores de historia como tenemos, no se exagera mucho al decir que escribir la historia de Venezuela es una gran empresa nacional todavía en gran parte por hacer. Es casi la empresa previa de un país que tiene que comenzar por reconocerse para poder emprender con suficiente seguridad la empresa de hacer un futuro que esté de acuerdo con sus ambiciones realizables.

La historia de Venezuela, en la forma en que más activamente influye sobre la mente del venezolano medio, que es precisamente la de los manuales elementales que aprenden nuestros niños, es un relato parabólico segmentado en tres tiempos. Es decir, una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia.

En ese corto de tiempo de cuatro siglos y medio el autor de nuestro manual se coloca como un pintor del *quattrocento,* sobre la eminencia de la gloria militar de la Independencia y deja que las cosas se organicen en perspectiva, es decir, en magnitudes y relaciones determinadas por las limitaciones subjetivas de la mirada de un contemplador. Más sabio acaso hubiera sido colocarse como el vitralista de Chartres ante la leyenda carolingia, que la logra representar toda en simultáneos fragmentos, con la variedad fluida y múltiple de la vida verdadera y del verdadero paisaje.

Todo el primer plano de nuestro manualista está hecho de los grandes hombres y de los grandes hechos de nuestra Independencia. Más espacio ocupa uno cualquiera de los combates librados en esos quince años de heroica guerra, que los largos tiempos de domesticar el cacao y de introducir el trigo; más abulta el incidente de Asamblea que ocupó unos días, que el lento y difícil proceso humano, económico y cultural de la fundación de los pueblos sobre la rugosa haz de nuestra geografía; más se detiene en la biografía de un guerrillero que en el pausado cultivo de incorporación de nuestra sensibilidad al barroco.

Los tres siglos de vida colonial en los que literalmente se hace el país y cobra algunos de los rasgos más característicos de su fisonomía física y espiritual se reducen a un puñado de anécdotas de la resistencia de los caciques y de las cuitas de los conquistadores. Es como si toda la existencia colonial no hubiera sido otra cosa que el alba del día de la Independencia; y el siglo y medio posterior de vida nacional, el largo y melancólico crepúsculo vespertino de ese día de sobrehumana gloria. Es

casi como si lo único digno de la historia que tenemos hubiera comenzado en 1810 y hubiera concluido para siempre en 1830. Toda la historia de un país reducida a un lapso menor que la vida de una generación.

Muchas veces me he detenido a reflexionar sobre esta curiosa manera de sentir y narrar la propia historia y sobre todas las graves consecuencias que involucra. No es de extrañar que influidos por ella tantos venezolanos hayan mirado con injustificado desdén la gran labor constructiva de la época colonial, hayan sentido que todo lo que ocurrió después de la muerte del Libertador, es tan sólo el melancólico recuento de una especie de degeneración nacional.

"Los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos", dirá Baralt. Y Juan Vicente González dirá en tono apocalíptico: "Nuestras madres, fecundadas por la libertad, dieron una generación sobrehumana, llena de la llama del cielo y del calor sombrío de la tempestad. Tuvimos héroes de benevolencia; tuvimos varones que concentraron en su cabeza un poder inmenso, que vivificó y sostuvo a la fabulosa Colombia". Aunque revestido de pretensiones científicas ese tono desesperanzado se mantiene en la explicación fatalista de nuestros discípulos del positivismo. En nuestros propios días, un hombre de tan pasional sentido de lo nuestro como José Rafael Pocaterra llega a calificarse a sí mismo, en relación con el tiempo en que le toca vivir, "un venezolano de la decadencia".

Esta perspectiva, deformante como toda perspectiva, ha destacado la acción violenta y la lucha armada no sólo como las únicas vías para alcanzar la grandeza, sino también como los solos instrumentos del verdadero hacer histórico y ha creado en la mente del venezolano medio una imagen heroica de la historia y una inclinación a considerar la violencia como la única forma de la acción creadora, a no aspirar sino a las más inalcanzables promesas y a confiar en la llegada mesiánica del héroe sobrehumano que nos las va a deparar con vertidas en realidad gratuita. Es, en verdad, una visión mágica y violenta de nuestro destino la que ofrece nuestro manual de historia.

No hay duda de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior, pero también es cierto que todo lo que de positivo pueda tener esa hazaña cambia su signo al llegar a considerada como agotada en sí misma, como fruto de un prodigio aislado e inexplicable y al sacada paradójicamente, por eso mismo, del continuo creador y vital de la verdadera historia.

Por cierto podemos tener que no nació Venezuela en 1810. El país que con tan resuelto gesto se encara a la gran hora de la Independencia venía de muy atrás. Venía por descontado de un siglo XVIII muy rico en experiencia humana. Es el siglo en que cobra su fisonomía definitiva el país y en el que se plantean algunas de las grandes contradicciones de su destino. No es menos importante que ninguna batalla la introducción del café que cambia el aspecto de la geografía humana venezolana. No vale menos que ninguna constitución el proceso de acciones y de reacciones que durante medio siglo largo ejerce en nuestro medio la Guipuzcoana. Es un suceso de primera magnitud histórica la introducción de la filosofía racionalista en la Regia y Pontificia Universidad de Caracas. La creación de la Intendencia borbónica, la expulsión de los jesuitas, la Real Cédula de Gracias al Sacar, entre otros hechos, producen profunda influencia en el rumbo de nuestro destino colectivo. Es, sin duda, el tiempo en que las dispersas poblaciones comienzan a sentir claramente que más allá de sus ejidos hay un ámbito nacional al que pertenecen. La cédula de 1777 no es sino el reconocimiento oficial, en lenguaje de escribano, de que existía en el hecho una nación llamada Venezuela.

La historia colonial debe ser entendida por nosotros como la de la formación de la nacionalidad venezolana. En esos tres siglos, duros, magros y estrechos, se hizo Venezuela, es decir, un país con una sensibilidad histórica y geográfica, y con un sentido del rumbo colectivo tan formado, que en su

entraña pudieron madurar los grandes adelantados de un gran destino nacional: Miranda, Bolívar y Bello.

Pero tampoco podríamos aceptar que esa historia surge de una manera mítica un día determinado, el día de 1498 en que Colón toca en la Costa de Paria o, acaso, aquel en que se inicia el primer establecimiento permanente en el pelado islote de Cubagua.

No nacen los pueblos como los dioses griegos del azar prodigioso de un hecho aislado, sino de muchas confluencias de acciones y de pasiones y de muchas confrontaciones de herencias y de presentes, a la manera gravitante de los ríos o a la manera trabajada de la forja de los herreros.

Ese coto cerrado en el tiempo no es la imagen cierta de la historia. Entre los grandes actores de nuestro destino están sucesos, creaciones, concepciones y valores que hemos recibido de fuera y de antes. Hay toda una herencia viva pre-nacional y extra-nacional en la hechura de lo que hoy llamamos Venezuela.

Los hombres que llegaron detrás de Colón eran los portadores de un complejo pasado cultural. Eran castellanos, cristianos viejos, hijos de la historia mediterránea. En la lengua que traían había palabras que venían de los fenicios y palabras que venían de los romanos y de los griegos. Cuando decían *guerra,* lo hacían con una palabra que les había quedado de las sangrientas invasiones germánicas. Y cuando decían *acequia* rememoraban sin saberlo las prodigiosas artes del riego que durante siete siglos de permanencia introdujeron los moros en España. Cuando decían *legua,* era como un eco perdido, acaso eco de gaita, del nombre con que llamaban sus heredades los celtas que se habían establecido en las lluviosas riberas del Atlántico, en torno al Finisterre.

Pertenecían culturalmente a la Romania y -venían, sin proponérselo acaso, por una mera consecuencia del ejercicio vital, a extenderla a la nueva tierra que habían llamado Costa Firme. Era una nueva provincia de aquella Romania, hija abandonada del imperio, que por encima de las diferencias de lengua, iba a mantener la fidelidad a un espíritu y a una tradición latina, cristiana y mediterránea en las gentes que iban a hacer a España, a Portugal, a Francia, a Italia y a Rumanía.

Esos castellanos que vinieron a establecerse en la nueva tierra representaban la hora en que la Romania, salida de la Edad Media, creaba el Renacimiento. Eran hijos de las empresas y de los motivos de esa hora, pero a la manera castellana. La Empresa misma de la conquista y población de América es un capítulo central del Renacimiento. No es un mero azar que el nombre de Venezuela brotara de la imaginación florentina de un criado de los Médicis, como la ofrenda augural de una vieja medalla, que América Vespucci sacaba del historiado arcón de sus lecturas y de sus correrías de hombre del *cinquecento.*

La empresa de las Indias, como la llamaron los españoles, era, además, en parte una prolongación del espíritu de cruzada y de sojuzgación de los infieles que había animado el Medioevo castellano Tenochtitlán y el Cuzco eran como otras remotas Córdoba y Granada, y pronto se hicieron a la guazábara indígena los que venían de tan largas centurias de enfrentarse a la algarada de los moros.

No sólo la lengua, sino una gran parte de las emociones y nociones de nuestra alma colectiva son herencia de la Edad Media Castellana. El concepto de la ciudad y de la familia, la figura del alcalde y la del cura, la invocación de los santos patronos y la forma de las fiestas populares. La casa de zaguán y de ventana enrejada, el Cabildo, el estrado de las mujeres, el refrán "qué dice la vieja detrás del fuego", el concepto de la autoridad, de la obediencia, del honor y del buen orden. La idea de la riqueza y la importancia de la salvación del alma, el menosprecio del trabajo servil y el ideal de una vida señorial y caballeresca, todo eso que surge y resurge, como la ola en la playa, en el combatido drama de nuestra historia nos viene, por derecha vía, de los castellanos de la Edad Media.

De más consecuencia que muchos combates de nuestra Independencia o de nuestras guerras civiles fue para nuestro destino de pueblo una batalla como la que los comuneros de Castilla perdieron contra Carlos V en 1521, a pesar de que en ella no hubiera peleado ningún venezolano, porque allí se cerró

para el mundo hispánico, por mucho tiempo, la posibilidad de una evolución ascendente de las instituciones del gobierno representativo. En nuestra larga crisis constitucional, pesa con grave peso cierto la derrota de Villalar.

La Bula *Universalis Ecclesiae,* que dictó Julio II en 1508 estatuyendo el Patronato Real en las Indias, ha tenido más repercusiones en nuestra vida pública que muchas instituciones adoptadas por nuestros Congresos.

El advenimiento del despotismo ilustrado borbónico al trono de España tuvo más consecuencias para nuestro destino que muchas de las revueltas armadas en las que nuestros manuales de historia se detienen.

Esto significa que esto que por tanto tiempo nos hemos limitado a ver como una historia local, en gran parte es la prolongación de un acontecer y de un hacer que pertenecen a la historia universal.

Venimos por la Edad Media Castellana de la Romania, y de una antigüedad mediterránea, latina; griega, hebrea y mesopotámica. Todo eso está vivo y actuante en nosotros en la creencia y en los conceptos, y al través de nosotros en nuestra diaria creación de historia como pueblo. Puede que no lo sepamos, pero nuestro concepto de la dignidad del hombre está en Sófocles, puede que lo ignoremos, pero eso que llamamos de un modo confuso libertad y que tan profundamente nos mueve, lo sentimos así porque antes los atenienses habían sentido y conocido la *elefteria* que es acaso la misma emoción.

Cuando hablamos de ley y de justicia, hablamos de la ley y de la justicia que hicieron los romanos, una ley escrita expresada en cuerpos lógicos y una justicia que es la declaración del derecho por medio del magistrado que conoce la ley, y no la de los pueblos orientales o nórdicos que nunca lograremos sentir como nuestra.

En no pocas ocasiones la creencia y las técnicas tradicionales que forman parte de lo más raigal de nuestro pueblo vienen juntas desde el más remoto pasado. La expedición arqueológica iniciada en 1922 por Sir Leonard Woolley excavó en un punto, entre Bagdad y las playas del golfo Pérsico, las ruinas indudables de la ciudad de Ur. Ur de los Caldeas, según la Biblia, fue la ciudad de donde salió Teraj, con Abram, con Sarai y con sus recuas para celebrar la alianza con Jahveh, de donde brota la corriente del monoteísmo hebraico, que es la matriz del cristianismo. Entre las cosas que sacaron a la luz los arqueó1ogos estaban las ruinas de una casa de ladrillos, de patio central y corredor de madera, contemporánea de Abraham. Esa casa no la verían con extrañeza nuestras gentes de los Andes o de Los Llanos. Edificaciones similares han levantado los albañiles venezolanos por generaciones y es fundamentalmente la planta de lo que más justificadamente podríamos llamar la vivienda criolla. De la misma remota raíz de milenios nos viene la casa y la creencia, por donde podemos decir que buena parte de nuestro espíritu y de nuestra vivencia salió de Ur en la recua de Abraham.

Proyectada así y tejida en los milenios, podemos contemplar nuestra historia como una rica y venerable herencia moral y material que salida de los sumerios y de los hebreos pasa por los pueblos más creadores del Mediterráneo y termina por caracterizarse en la Empresa de Indias de la Castilla del Renacimiento.

Sin embargo, ese hacer y ese acontecer, que no cabe en los tres tiempos de la perspectiva de nuestros manuales, no es ni puede ser una mera prolongación de algo que pasó antes y afuera. Si estuviéramos convocados para repetir o mimetizar una historia hecha y cerrada no tendríamos ni vida ni historia. Ni somos ni pudimos ser nunca una nueva España, porque tampoco somos una mera continuación cultural de la Romania castellana. En nuestro medio y en nuestra circunstancia hemos constituido un pueblo que ha hecho y hace historia.

En un vasto escenario natural de costas, islas, montañas, llanuras y selvas la historia venida de afuera se convirtió en uno de los protagonistas de nuestra propia historia. El escenario imponía sus condiciones y hubo otros protagonistas importantes.

Hubo, por descontado, el indio, que representa el elemento más telúrico en nuestro sentimiento de la nacionalidad. Sentimos la tierra personificada en el indio. Eso explica la paradoja sentimental de que sintamos más como nuestro héroe al Guaicaipuro derrotado que al Losada vencedor, a pesar de que nuestras características nacionales sean un resultado directo de la victoria de éste. En vastos aspectos sociales está presente el indio, en el maíz, en la arepa, en el cazabe, en la coa de cultivar, en el rancho en que habita nuestra gente humilde y en el gran hecho social y económico del conuco, como sistema tradicional de trabajo, vida y producción para la mayoría de nuestro pueblo en lo más de su historia.

No está menos presente en nuestra historia como agente creador la cultura del conuco que el arquetipo intelectual y moral de Las Siete Partidas y de las Leyes de Indias.

No era cultura de la Romania la que aportaba el indio, ni lo era tampoco 1a que trajo el negro. En la sentina de los barcos negreros con el doloroso cargamento de brazos encadenados, venían lenguas, creencias, mitos, cantos, danzas, concepciones mágicas del mundo. Esa influencia, no sólo como fuerza de trabajo en la producción de los grandes cultivos coloniales como el cacao y la caña de azúcar, sino como contribución espiritual tuvo grande importancia en la formación de nuestro pueblo. Se ha estudiado poco la que pudiéramos llamar la pedagogía de las esclavas en la formación de nuestra alma colectiva. Por lo menos durante dos siglos, en que las escuelas escaseaban y la enseñanza no pasaba de nociones superficiales, las ayas negras, conviviendo con los niños de las casas privilegiadas, les trasmitieron todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos, que entraron a formar parte indisoluble de nuestra mente y de nuestra sensibilidad colectiva. Simón Bolívar, el más grande de los venezolanos, se complacía en reconocer una segunda madre en la negra Hipólita.

Estos protagonistas en grado diferente tejieron nuestra historia en el escenario de nuestra tierra, en un rico y profundo proceso de mestizaje, del que nace el venezolano. Es éste el gran hecho central de nuestra historia y el que hay que comprender para comprendemos.

Hubo un profundo y constante mestizaje entre las culturas y las actitudes vitales de los tres protagonistas. No sólo mestizaje de sangre, que es por descontado el menos importante, sino grande y creador mestizaje de aportes culturales en adaptación constante al nuevo medio social y físico.

Este fecundo y original proceso de mestizaje que nos caracteriza está presente en todas las formas de nuestra vida social y cultural. Hay mestizaje vivo nuestra lengua, en nuestro folklore, en nuestra literatura, en nuestras costumbres. Son mestizas nuestras técnicas de producción y nuestra arquitectura. La chícura va con el arado romano y la pared de bahareque con el techo de tejas. Junto a variantes activas del romancero castellano está en la mente de nuestro pueblo, lleno de enseñanzas e incitaciones, el vasto ciclo pedagógico de las aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo que nos dieron los africanos. Hay todo un muestrario del mestizaje, en una fiesta como la de los diablos del de Corpus, y lo hay también en la evolución del barroco en las fachadas de nuestra iglesia, en el mobiliario del hogar tradicional, y en muchas prácticas medicinales o mágicas.

Es mestiza nuestra cocina. Un plato tan nacional como la hayaca es como compendio ejemplar del proceso de mestizaje. Está en ella la pasa y la aceituna de romanos y griegos, la alcaparra y la almendra de los árabes; la carne del ganado de los capitanes pobladores de Castilla, y el maíz y la hoja de bananero de los indios.

Nuestro quehacer histórico, nuestra originalidad histórica, tiene que ver esencialmente con ese proceso consciente e inconsciente de creación de formas, concepciones y de actitudes por medio del mestizaje. En el fondo de nuestra mentalidad hay una propensión a lo mágico, que acaso nos venga de los protagonistas oscuros de nuestro drama histórico, y que ha influido decisivamente en muchos grandes sucesos de nuestra vida política. Hay, por ejemplo, todo un capítulo por escribir, sobre los

elementos mágicos negros e indios como determinantes de la actitud popular en el poderoso proceso de la revolución federal.

Todos estos actores invisibles de la historia son los que tendríamos que llamar al proscenio para comprender en toda su amplitud y dimensión el gran proceso de la revolución federal.

Junto a ellos, en no menor grado, estarían los otros grandes protagonistas no humanos del hacer de Venezuela. Estaría la búsqueda de El Dorado, el cacao con su voluptuosa fragancia de tierra caliente, el café que incorporó a la geografía humana las laderas de nuestros montes; los ríos, los climas, las sequías, las lluvias y, por último, esa poderosa presencia transformadora, perturbadora y creadora, que ha cambiado el rumbo de nuestro destino en el último medio siglo, que es el petróleo.

Pero esa historia que vemos nacer y tomar rumbo, aun antes de que nazca el hecho nacional, y que vemos desarrollarse luego sobre una tierra ya venezolana por medio de la interacción de los protagonistas del proceso del mestizaje nacionalizante, no estuvo, ni antes ni después, sustraída a la influencia de la historia viva del mundo occidental.

Una influencia activa de lo contemporáneo externo ha formado parte importante de nuestro proceso nacional. No sólo por él hecho de que durante tres de los cuatro y medio siglos de nuestra existencia el centro del poder político que nos gobernaba estuviera fuera de nuestras fronteras, en tierra de Europa, sino por la incorporación constante al proceso cultural y político de Occidente.

Los colonizadores del siglo XVI traían la intención evidente y confesa de recrear una Castilla en estas tierras, trasplantando totalmente las formas de vida y las normas de espíritu y transformando al indio en cristiano de pueblo español de la época de Felipe II. Cuando el nieto de Luis XIV sube al trono de Madrid trae la intención de incorporar a España y su imperio al sistema regaliano francés del despotismo ilustrado. Estas intenciones no se convirtieron exactamente en hechos, pero influyeron en grado variable en el rumbo de los hechos.

Esto es lo que pudiéramos llamar la influencia de la contemporaneidad occidental en nuestra historia. No hubiéramos podido llegar a ser plenamente europeos nunca, pero muchos de los grandes gestores individuales de nuestra historia tuvieron este propósito. Esta intención y vocación de contemporaneidad europea es otro de los factores del proceso de mestizaje de nuestra historia.

Esa contemporaneidad se ha hecho más sincrónica o más retardada según los tiempos y las circunstancias nacionales. No hay duda, por ejemplo, que para 1730 la contemporaneidad europea que nos llegaba traía un retardo de casi un siglo. Pero luego esa contemporaneidad se va haciendo más presente y activa. El movimiento de los orígenes de nuestra Independencia es precisamente un momento en el que la contemporaneidad occidental se convierte en presente venezolano y actúa poderosa y decisivamente sobre nuestro acaecer.

La aparición del nuevo hombre de razón y de derecho frente al hombre de deber y de autoridad constituye lo que algunos han llamado la crisis de la conciencia europea en el siglo XVIII. Es una mutación general de los valores sobre los cuales la sociedad europea se había estructurado desde la Edad Media. De un pensamiento teológico se pasa a un pensamiento crítico, de hablar del pasado se pasa a hablar del porvenir, el hombre no es el heredero de un orden establecido sino el instrumento de creación de un orden racional. Todo está sujeto a revisión y crítica, desde las creencias religiosas, hasta las formas políticas.

A ese gran proceso, con despierta avidez creadora, se incorporan los grandes venezolanos que van a hacer la independencia. Hombres como Miranda o como Simón Rodríguez logran evadirse del medio criollo para incorporarse plenamente a la contemporaneidad occidental y por eso nuestra Independencia llega a adquirir su plena significación dentro del proceso general revolucionario del tiempo occidental. Esa pasión por la contemporaneidad universal ha impedido a muchos ver el proceso vivo del mestizaje nacional. Se imaginan que no hay sino circunstancias universales y adhesiones a las verdades generales. Este es precisamente el estado de espíritu de los Constituyentes

de 1811 y marca, por lo mismo, la hora de más completa entrega del espíritu venezolano a las solicitaciones de la contemporaneidad occidental. Estaban en una actitud de ignorar la historia, y la historia se vengó trágicamente de ellos.

La contemporaneidad occidental no podía ser el único protagonista de nuestro quehacer de pueblo. Era uno de los protagonistas y ya era bastante.

Había que buscar el rumbo entre las exigencias del hecho nacional y las solicitaciones de la contemporaneidad universal. Esa tensión creadora entre lo universal contemporáneo y la vigencia de lo peculiar nacional se hace patente en el pensamiento de Bolívar, y ésta es precisamente una de sus mayores glorias. Esto está claro en ese prodigioso testamento, en esa luminosa pauta para hacer historia, que es el discurso de Angostura. Bolívar nos dejó en él el acta de declaración del mestizaje histórico, que es la condición de nuestro destino nacional. Fue así el primero en entender el proceso de nuestro hacer de pueblo, y por eso la historia de nuestro siglo XIX le dio la razón.

La historia de nuestro siglo XIX no es otra cosa que la historia de la prolongada crisis provocada por el conflicto entre los ideales de la contemporaneidad occidental y el hecho nacional, de la que brota como resultante una de las grandes creaciones del mestizaje histórico: el caudillismo.

A ese producto del mestizaje que es el caudillo, lo van a mirar como un monstruo anacrónico los grandes espíritus en quienes vivía con más fuerza la contemporaneidad europea, los González, los Toro, los Acosta. Ni siquiera los positivistas van a lograr entenderlo de un modo completo y satisfactorio, atenidos a una contemporaneidad ideológica, ya un poco retrasada en su tiempo, que los llevaba a hallar en todo un mero determinismo de la raza y del medio.

A estas alturas de nuestro examen de conciencia podemos ya pensar que esa historia simplista en tres tiempos, centrada en los grandes hechos externos de la independencia, deja afuera la mayor parte del hecho histórico al que pertenecemos, como herencia viva de otros tiempos, como fundamental proceso creador del mestizaje cultural, y como tensa correlación del hecho nacional y de la contemporaneidad occidental, lo que equivale a reconocer que hasta ahora hemos carecido de una imagen cabal de nuestra historia, y por lo tanto de una visión fidedigna de nuestro propio ser. Porque es incompleta, y parcial nuestra historia escrita, está desfigurada la imagen que recibimos y trasmitimos de nuestro ser histórico y por ello mismo nos condenamos y condenamos a nuestro pueblo a no poderla vivir y realizar plenamente.

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.

Vista así la historia nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico.

Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto, significa la historia para un pueblo.

Hemos vivido hasta ahora con una visión desfigurada de nuestro pasado que nos ha dado una imagen mutilada y parcial del ser nacional.

Nuestra actitud tradicional ante el fenómeno de la historia presenta un curioso paralelismo con nuestra actitud ante la realidad de nuestra geografía. Desde el descubrimiento hasta hoy, más de la mitad de nuestro territorio ha permanecido siendo tierra baldía o inaccesible, tierra cimarrona escapada a la ocupación útil. Es como si el ser nacional no hubiera vivido sino con una parte de su cuerpo. Es similar lo que nos ha ocurrido con la historia. Nos hemos encastillado en una parte de ella y hemos permanecido ciegos y sordos ante el vasto panorama de los afluentes y las raíces que nutren nuestra individualidad. Es como si no hubiéramos conocido sino una parte de nuestra alma.

La tarea del presente es la conquista y posesión útil de todo nuestro territorio y sus recursos, pero para ello necesitamos primero rescatar toda nuestra alma y su herencia cultural. El alma de los venezolanos, es decir su cultura, su espíritu, sus valores, sus motivaciones, sus conceptos, sus creencias, sus posibilidades creadoras, hay que irla a buscar en la historia. Y no es historia la que a un pueblo no le ofrece la posibilidad de contemplar la imagen cabal de su alma.